



Poética de la transferencia

Luis Miguel Rodrigo González

RESUMEN: Es sobre el lecho transferencial donde tiene lugar una palabra proveniente de la exterioridad del hablante, superficie de inscripción donde adquieren resonancias los dichos deslocalizados. La actual e incesante compulsión evaluativa que precisa de la capacidad de predecir en aras a la comercialización, hace aguas en el campo del psicoanálisis: ¿Cómo predecir lo que no se puede decir? Poetizar el discurso consintiendo ramificaciones y derivas lingüísticas novedosas es ir a la contra del mensaje encarnado en el síntoma, que no anda, no fluye. Romper las inercias discursivas permite navegar hacia el futuro, el cual es, a decir de Celaya, lo que carga el arma que la poesía es. La lengua, en su extrema corrección, despojada de neologismos, exabruptos, lapsus, errores e impropiedades está cargada de pasado. Si es el pasado donde se ha constituido la lengua, la poesía viene cargada de futuro debido a su capacidad para trastocar los parámetros lingüísticos, lo cual abre un respiradero al decir anquilosado en su extrema corrección. El esfuerzo de poesía llevado a cabo en el espacio transferencial, enrumbará hacia otros lugares los sonidos que atronan el cuerpo, haciéndolo padecer.

PALABRAS CLAVE: Transferencia, lugar, exilio, amor, poesía, síntoma

6- Febrero-2020

Una palabra más allá

El dispositivo analítico favorece la puesta en circulación de una palabra que desborda su función corriente, al servicio de una comunicación destinada a establecer lazos con los que cubrir necesidades y paliar los imposibles a que la sexualidad nos confronta; más allá también de la función de hacer de soporte al pensamiento, cuestión defendida por las terapias cognitivo conductuales (TCC) en su pretensión reduccionista de hacer pasar todo goce por la apisonadora del sentido. La palabra surgida en el dispositivo analítico excede, sobrepasa las mencionadas posibilidades: rebasa al sujeto que la enuncia. El pronunciante se encuentra arrastrado por

un oleaje proveniente de un lugar desconocido y que le ahoga: su hablar se entrecorta, traba y enmudece, sufre de parones y pérdidas de atención donde la distracción es patente: “No sé a qué ha venido esto” suele ser la recurrente frase de la cual echan mano los que se topan con un decir que no consideran como propio, frase formulada como un intento de corregir la deriva, de sujetar el discurso al puerto conocido de la subjetividad, eludiendo entrar en contacto con las zonas oscuras de lo irrepresentable. La aparición del inconsciente una vez hecho palabra pone de manifiesto eso Otro que nos habita y desconcierta; y que por consiguiente no admitimos al quedar desalojados, excluidos, desterrados del lugar protagónico al que el yo aspira. La irrupción



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

de lo extraño que nos habita y comanda se hace insoportable para nuestra narcisista necesidad egocéntrica. El desbordamiento a que el analizante se ve sometido por el surgimiento de la palabra traída por el inconsciente genera una pérdida abrumadora de las sujeciones yoicas, provocando una disolución momentánea de las coordenadas subjetivas, arrojando al hablante a un lugar deslocalizado: no hay entidad que otorgue consistencia a la identidad, el sujeto se desvanece entre los significantes que dicen de él. No es un ente, sino una suposición al que se le adjudica un saber.

La isla de goce emergida por la erupción hablada no aparece en ningún mapa náutico. La manifestación de la angustia obliga, a quien no ose adentrarse por esos desconocidos océanos, a retroceder de inmediato a su entramado constitutivo, a lo que siempre fue, por más que sea precisamente lo consolidado del sujeto lo que causa su sintomático malestar, del cual espera desembarazarse en el transcurso del análisis. El almacén que ha sustentado el sistema yoico, en su tambaleo y agrietamiento por obra del decir inconsciente, permite el alumbramiento de lo extraterritorial: el objeto a, *lo que el poeta puede escribir sin saber lo que dice* (Lacan, 1966: 32). De entre las fisuras hace aparición una palabra nueva, desperdigada, inconexa con el núcleo duro de la personalidad, caparazón defensivo con el que los humanos intentamos precariamente hacer frente a las exigencias de la vida.

La mencionada frase de “no sé a qué ha venido esto” pone de relieve que un material extraño se ha revelado. Producto sin etiquetado, marca ni denominación de origen; rama tronchada por la corriente pulsional hasta el borde de la boca, traída por no se sabe qué cauces. Dos cuestiones esenciales se desprenden de esta formulación: por un lado el sujeto, en su intento de quedar identificado al yo y subsumido por él; por otro, el saber, siempre enlazado a la deriva metonímica que simula un sentido en continua evanescencia.

El yo hablante, egosintónico a la personalidad (ideales, imagen...) no sabe, algo se le escapa, queda descoyuntado: una pérdida se materializa. El semblante tropieza, incapaz de no topar con el borde de la alfombra del laberíntico pasillo por el que hay que atravesar en la posición de analizante. Si bien el sujeto yoico supone que sabe, no es más que una marioneta en manos de un ventrílocuo (habla desde las tripas) que se comunica a través de él. Este saber insabido, ignoto, porta el germen de Otro saber, no al servicio de la estructura —que siempre aparenta unidad— sino más bien en detrimento de ella, horadando las junturas por donde logra infiltrarse como nueva información, deformante por demás, debido a la contorsión que habrá de hacer el que la porta para no rechazarla como absurda, incomprensible: no venida a cuento.

Extraterritorialidad

¿Pero a cuento de qué viene? Si viene es para algo, ¿pero qué? Inmigrante sin papeles que acaba de lograr una inscripción en el servicio de atención al ciudadano del centro de refugiados en que ha quedado convertido el consultorio. Lejos de ser desaprobado, el analista sube a este espontáneo al estrado, le deja faenar—con la faena que esto supone para el analizante— y exponer la palabra extraída de la maleta del síntoma. La xenofobia que se ejerce contra nuestro sublingüismo, contra nuestro acallado punto de partida, obliga a retroceder al intruso acordonando su palabrería y reduciéndola a lo erróneo, dispar, inexacto. Lejos de amordazar a los recién llegados, el analista queda conmovido por ellos, ofrece el micrófono mostrando sus respetos y cercanía; conoce la lengua, lalengüa apenas balbuceada debido a la escasa práctica en el arte de la retórica que tiene el exiliado. Consultorio refugio de lo que no debiera estar, pero está; por fuera de la ley que rige,



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

corrige, ordena, comanda, organiza y distribuye, siempre en aras de lo cuantificable, medible y comercializable. Pero ¿qué puede garantizar que un rastro de verdad se infiltre entre los dichos? ¿Podremos hacer de lo no legislado algo legible? ¿Qué de bueno podrá traer lo que viene de fuera? ¿Con qué intenciones llega? ¿Valdrán para algo estas alocuciones en harapos que deambulan por la orilla de la playa de la transferencia sin calzado ni revestimiento alguno, carentes de belleza e incomprensibles para colmo?

Diplomático plurilingüe, el analista invita a elevar el tono, dar resonancia, hacer reverberar lo apenas entredicho y susurrado entre dientes que suele avergonzar al emisor, tupiendo el terreno para que logre enraizar el mensaje, lo hablado que atraganta al diciente por la escasa comprensión que despierta. Esta invitación que el público-superyó —que teme la reprobación e insiste en el goce de lo igual, lo unitario, sin dar cabida a la diferencia— intentará aplacar con su material de combate: la reprobación represiva. Si bien el analista prueba y accede a saborear exóticos manjares transoceánicos, en ocasiones de gustos alejados a lo que su paladar acostumbra, el superyó cancela, censura y aniquila. Sin embargo el saber-sabor traído por el de afuera porta un grano de verdad de gran intensidad, encrespando al superyó que siempre vela por su pureza imaginaria, aspiración a la consistencia de lo idéntico, al mantenimiento esclerotizado de lo que había, cercenando variaciones, royendo lo particular, lijando desigualdades, raspando la base misma de la diferencia en aras a la conservación de los ideales que sustentan la cultura del país ahora invadido por las hordas de lo heterogéneo. Otro acento, otros ropajes. No a la moda. En absoluta minoría.

El analista, que sabe del temor a lo diferente, ha de mediar para que el superyó condescienda de los altares, descorra los cerrojos y otorgue permiso de residencia, al

tiempo que alarga la mano a lo novedoso que teme que con su irrupción se desestabilice la sólida construcción que sostuvo el edificio identitario, siempre en busca de la continuidad. Labor compleja e intrincada, plagada de obstáculos. Del lado del analista, porque tampoco sabemos qué traerá el mensajero. Del lado de este, porque el riesgo de que el derrumbe pueda llegar a aplastarle es una posibilidad factible. Del lado del superyó, porque su lugar quedará desplazado del protagónico que había ostentado, abandonado portador de los estandartes e insignias que configuran la supuesta verdad del sujeto, revestido con los oropeles de lo deseable y armonioso: lo normal, subsidiario de lo mayoritario.

Estadística: cuestión de estado

La estadística, herramienta que suele estar al servicio del estado, promociona hasta tal punto la normalidad que llega a ser confundida con la verdad; no una particular sino exportable. Establecer lo mayoritario es el proceso obligado de cualquier marca: precisa de un ganado (para así evitar las pérdidas) donde imprimir su sello. Estadística que con su operación metodológica regenta lo decible, degradando lo minoritario a lo borrrable, prescindible, principalmente por su desechable improductividad. Con su aparato de garantizar mediante cálculos de probabilidad se arroga, gracias a su supuesta eficiencia, el acceso a la comercialización, aspiración del amo. Con el aparejo evaluativo los expertos adjudicarán valor, peritos falderos al servicio de lo normativizable.

Si bien se podría afirmar que lo transferido en el dispositivo analítico es un mensaje emitido por el inconsciente que va tomando relieve en el decir del analizante y que arrastra connotaciones de deseo, la dimensión de lo transferido alcanza aspectos de necesidad. El



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

diciente expresa a través de su discurso la necesidad de encontrar una ubicación desde la cual propagar su decir: un lugar propio, lo que no puede reducirse a una nominación, mecanismo simbólico que encuadra y resume las coordenadas geográfico-psíquicas del que habla: eso que está por decir no cabe en el nombre, impuesto por el Otro a expensas de la verdad del sujeto. Ese lugar al que aspira viene tipificado por una palabra de amor que funde el derecho a decir. Si se nos otorga la palabra habrá posibilidad de que el sujeto sea constituido, siempre y cuando en esa palabra tenga cabida lo diferente. La dignificación del sujeto hablante que tiene lugar en el espacio transferencial atenta contra la disolución de la subjetividad a la que aspira el totalitarismo de la medición evaluativa, redil en el que un ideal fraguado por los intereses mercantiles suplirá la emergencia de lo absolutamente singular.

En el núcleo más remoto de la transferencia bulle pues una urgente necesidad de amor y reconocimiento, donde sea otorgado el permiso para llevar a cabo la producción de un decir deseante que diste de la demanda del Otro todopoderoso, quien para el sujeto ostenta los parabienes del que ha sido coronado con la potencia: lo uno, la unificación, la cual puede llegar a confundirse con lo indiscutible. El anhelo a la totalidad, sin falla ni fisura, sin castración en suma, implica creer que desde la falta y la división subjetiva no hay lugar, pues esa oquedad desprestigia cualquier intento de aspirar a lo deseado. Es sin embargo desde allí donde el significante falta, que el sujeto pueda formular su posición, siempre desfalleciente. Será desde la falta desde donde se pueda formular la pregunta por el ser, no reductible al yo del que habla. El sujeto siempre está deslizándose entre los significantes que lo enmarcan, solo adquiriendo apariencia de continuidad en el deseo encuadrado en el marco del fantasma, orejeras que impiden una amplitud de visión que permita el desenvolvimiento deseante.

En la transferencia, dar un lugar implica, por tanto, consentir al que consulta abandonar el no-lugar, la extraterritorialidad y posicionarse en el mundo. Es imprescindible por lo tanto que el analista no ostente ningún lugar de saber sobre lo que al analizante atraviesa, para esto tendrá que soportar no entender, reto máximo al que el analista ha de exponerse: sostener el lugar de semblante de objeto a, al que la palabra no logra acceder sino por aproximación. Posición que colinda con lo fraudulento, si no fuera porque nada hay más falso que creer que existe quien posee el saber, infatuación que denota la no experiencia del análisis propio.

Un lugar desalojado

Desalojar ese lugar ideal permitirá el despliegue de ese saber no sabido que se irá inscribiendo con tinta invisible sobre el folio de la transferencia. Labor del analista es permanecer a la atenta espera de la palabra que prospere sobre el lecho transferencial, dispuestos a la sorpresa de lo impalpable, aquello no tocado por la apisonadora del sentido que condena las producciones más auténticas del sujeto al amasijo de lo genérico e intercambiable: material de consumo al que nos aproxima el auge de la contabilidad; las habilidades fueron fagocitadas por las rentabilidades. Posición de barreño en donde será vertido todo el barrizal pulsional que el discurso en su transcurrir significantizado arranque del goce. Lugar del analista al margen de las coordenadas de lo que debería ser el analista, situación paradójica que posiciona al sujeto diciente en la posibilidad de decir lo que le causa, un objeto innombrable. La marca constitucional de la cual ha emergido. El objeto a, lo único que del goce es legible.

Del mismo modo que en la anorexia queda confundida la necesidad de amor con la demanda de alimento, recibiendo comida cuando lo preciso era amor —dar lo que no



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

se tiene, no ocultando la castración y el deseo— llenando con la sustancia alimenticia los espacios vacíos que solo el amor procura transitoriamente, así en la transferencia, llenar de saber e interpretaciones no abre el espacio al desenvolvimiento del que habla, quien se va construyendo a medida que tropieza con su propio decir. Si la transferencia es el basamento que otorga al deseo incipiente el derecho de ciudadanía, el amor es la columna central que sostendrá el edificio que pueda albergar al sujeto en proceso de constituirse. Amor al futuro frente al pasado necrosante, función del analista. Amor a lo desconocido, a lo venido de fuera; al porvenir. Un amor más allá.

Sobre la consistencia fluye un decir, no hay decir sin esa consistencia que le proporcione sostén; puede que haya palabras, no decir: enunciado sin enunciación. Ha de haber soporte que resista las idas y venidas fluctuantes, las caídas y cascadas, rápidos y remansos del discurso del que habla. La constitución de tal lecho transferencial es articulado sobre una lógica de lectura de aquello que se hizo letra. Si el manantial inicial que da nacimiento al aluvión discursivo no encauza un mínimo del torrente pulsional, el desborde no formará orillas por donde avance el discurrir, produciéndose una riada de palabras que no encontrará modo de horadar una grieta que dé lugar a la circulación: no habrá transferencia de uno a otro. El sitio no abrirá lugar a un decir del que emerja una verdad que hable del sujeto, verdad que sabemos mentirosa, pero propia. Será sobre el horadamiento que haga la palabra sobre el analista que se ensanche una hendidura que haga soporte a un decir posible; ahí se constituirá la transferencia: queda establecida la presencia de un sujeto supuesto saber leer la escritura del inconsciente puesto en acto al hablar. Es sobre esta suposición necesaria que transcurrirá una posible palabra que diga del sujeto del inconsciente.

La consistencia que solidifica la materia de la transferencia se construye sobre un continuo: la escucha psicoanalítica sustentada en el deseo del analista conforma una superficie de inscripción donde pueda registrarse lo líquido que recorre la sesión analítica. Frente a la licuefacción discursiva, será el relato transferencial el que dibuje un modo concreto de discursividad, un oleaje particular, un relieve; una buena o mala onda. Cada transferencia tiene un especial color, su singularidad; su peculiar matiz. Si una piedra puede hacer que el torrente esboce una ondulación específica, las particularidades del analista tropezarán con el discurso del consultante, emitiendo unas salpicaduras inigualables: dos superficies en contacto. De donde surge un ruido diferente a todos los demás. El rumor del tono de la sesión analítica.

Desbarre

No se espera la canalización sin imperfecciones; ni reconducción ni conductos —que proponen las estrategias conductuales— variaciones lingüísticas de la anulación de la subjetividad, refractaria a cualquier entubado: el hecho transferencial cala al analizante y al analista, ambos permeables al acto de la palabra que encuentra en el dispositivo analítico su marco de encuentro. Será en el desbarrar del que habla como se pueda ir desembarrando ese fondo enlodado y viscoso que amarra al sujeto a un goce sin nombre, desbarrar que lima las barras que mantienen enclaustrado un decir. Es el hecho transferencial el que arrastra materiales hacia su cauce, el cual en las crecidas hace aflorar objetos que son incorporados a la corriente, restos flotantes que habrá que leer. Cacharros, cenizas de incendios pasados que con la agitación de la marejada discursiva resurgen, ramas tronchadas por vendavales intempestivos que en su día fueron desoídas. Trozos de real,



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

materialidad de la palabra cuando toca lo traumático, aquello que no pudo disolverse en la batida del tiempo y el lenguaje sobre los hechos. Resistieron a la disolución, amalgamados, fusionados al ser ilegibles: el lector no supo o no pudo discernir.

La transferencia evoca a otra cosa, hace resonar otros materiales. Pone entre interrogantes el veredicto y su supuesta verdad dicha. Bajo la superficie límpida y transparente navegan otros productos inasimilables que solo son dados a conocer cuando el dispositivo los detecta. Leer estos restos, estos fragmentos indigestos, indisolubles, resistentes a la trituradora del sentido, función del analista. Es la aglomeración de dichos materiales lo que hace límite y constituye el síntoma: lo que no pasa. No cesa de no escribirse ese goce innombrable que lleva en su vientre. El buen lector, otro Otro en que el analista ha de quedar convertido, capta en estas ondulaciones transferenciales que algún significante quedó atravesado, coartando la corriente pulsional; tocarlo implica hacerlo real, sacarlo a flote: ponerlo en circulación dándole cabida en la transferencia. Ofrecerse a meter mano donde la corriente es más fuerte implica una tarea de renuncia: desalojar el lugar de la comodidad donde abunda el consuelo, el ánimo, las pautas, los prototipos, las soluciones rápidas protocolizadas que acaben por obturar aún más el desagüe al neutralizar aquello que el analizante tenga que mostrar. Extraer estos productos implica arrojarse al agua, mojarse, hundirse; ahogarse a veces faltando la respiración, factor letal que señala que la pulsión de muerte trabaja a la contra del discurso: presa, freno, coagulación de lo líquido. Costra. Condensación de significantes que forman un bloque sólido, coartando las funciones vitales. Raspar estos aglutinamientos mediante el uso de la palabra en función de corte, permite hacer ingresar en lo simbólico los retazos de real indigeribles.

Poética como ética

El eco que la transferencia posibilita, haciendo resonar múltiples reverberaciones donde la significación había quedado petrificada, abre el campo discursivo liberando la gramática de la corrección extrema, demasiado apegada a lo rígido. Poetizar el discurso consintiendo ramificaciones y derivas lingüísticas novedosas es ir a la contra del mensaje encarnado en el síntoma, que no anda, no fluye. Romper las inercias discursivas permite navegar hacia el futuro, el cual es, a decir de Celaya, lo que carga el arma que la poesía es (Celaya, 1955). La lengua, en su extrema corrección, despojada de neologismos, exabruptos, lapsus, errores e impropiedades — de lo inapropiado, en suma— está cargada de pasado. Es la tradición la que ha ido conformando un modo correcto de decir, en el que no tiene cabida la particularidad de la lengua; solo el futuro implica otra forma de decir. Porque de lo que sí estamos seguros es de que la lengua va conquistando paulatinamente algunos bastiones de la lengua, permeable al cambio, por más que los académicos sean reticentes al exceso de impregnación. Para nosotros analistas es más útil el ficcionario que el diccionario.

Si la melancolía exige un retorno al pasado, quedando impedida la pérdida del objeto — que queda fusionado al yo— así como los imprevistos que acarrea, la poesía desatornilla los rígidos esquemas impuestos por los decires de la época. La transferencia consiente abrir el texto del inconsciente hacia otras lecturas, otras composiciones, las cuales son llevadas a cabo entre analista y analizante: el futuro desmelancolizará la escena actual revistiéndolo de posibilidades alternativas, atrapadas en el secarral del discurso de la lengua heredada, no creativa sino creada. Porque el inconsciente es creatividad, arte, escena innovadora, nueva mixtura de los significantes que antes fueron. Los ecos que



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

resuenan en la cavidad que el consultorio abre en su vertiente transferencial, dicen otra cosa de lo que quisieron decir aquellos significantes que a fuerza de ser repetidos de modo monocorde anquilosaron al sujeto a su síntoma. El esfuerzo de poesía enrumbará hacia otros lugares los sonidos que atronan el cuerpo, haciéndolo padecer.

La frase supuestamente atribuida a Aristóteles “*En la poesía hay más verdad que en la historia*” quizá pueda servirnos de plataforma desde la que arrojarnos a la piscina turbia del caso lacaniano. Si en relación a la verdad, la ciencia promueve la exactitud, la incontrovertibilidad, el ansia por lo indiscutible que permita la replicación, los planteamientos psicoanalíticos abordan la cuestión desde otro bien diferente lugar, habida cuenta de que no hay repetición que no esté íntimamente ligada a la pulsión de muerte. Lo indiscutible en el campo psicoanalítico ha de quedar en todo momento sujeto a discusión —a sabiendas de que la verdad definitiva no puede ser dicha— puesto que “*existe una división del sujeto entre verdad y saber*” (Lacan, 1966: 821). Si ningún saber dispone de la concluyente última palabra, solo mediante el uso de la dialéctica podremos hincar el diente al saber aparentemente consolidado, arrancándole una porción de certeza que impulse el movimiento que desamordace la verdad. El pensamiento exacto a que apuntan las ciencias conjeturales es estático, inmóvil, fijo: pura defensa frente a lo inconsciente. La historia edípica-fantasmática no es otra cosa que una construcción promovida por los intereses yoicos, aferrados a la perpetuación de su propio desconocimiento: intentan alejar la verdad última e inenarrable que emana del sujeto, por definición, indefinible.

Acudir a la poesía implica apuntar al hueco, al vacío de significación que insiste en el núcleo de lo que constituye el sujeto psicoanalítico, nítidamente diferenciado del de la ciencia médica o las ciencias del comportamiento, donde todo es cuantificable, predecible. Lo

imprevisible toma la escena, siempre otra de la representada en el escenario principal. La trama que nos interesa se juega entre bastidores, sin la luminosidad de los focos ni la atención del público mayoritario. La atomización de la anatomía orgánica que lleva a cabo la biología, no logra discernir ni capturar al sujeto del inconsciente del cual el psicoanálisis se ocupa. Ni las resonancias magnéticas, ni el PET o el TAC logran atisbar lo que del inconsciente se infiltra, que siempre resuena a su propio ritmo y cadencia. De la inmaterialidad del lenguaje no se puede captar otra cosa que la palabra, ese real que persiste en comandar la trayectoria vital del sujeto que queda amarrado al fantasma, vía sujeción al *objeto a*, causa última del sujeto: “*El sujeto está en exclusión interna de su objeto*” (Lacan, 1966: 817). La poesía sabe que no sabe; no es otra historieta más. Cuenta entre líneas lo que no es posible ser contado en el renglón, porque no cabe. No se encaja, no se regula ni alinea; agramatiza. Es incontable.

Proveniente del latín *gnarus*, conocedor o experto, ya en la etimología del verbo narrar encontramos que hace referencia al que sabe, siendo el narrador el que da a conocer. Si la narración trata de un saber compartido, dado a conocer, la poesía pone su objetivo en otro lugar diferente al saber puesto en circulación. El poético es saber supuesto, no impuesto. La ética de la poética hace referencia a su exterioridad, a lo periférico de su discurrir, siempre en contraposición a lo disponible, central, de uso común, comprensible, de fácil digestión. De ahí que sea limítrofe con lo marginal, igual que lo inconsciente, siempre por fuera del discurso al uso.

En la era de la contabilidad y la estadística, la ciencia queda enmarcada, encuadrada en la posibilidad de predicción; ¿pero cómo predecir lo que no se puede decir? En psicoanálisis no se predice, su área de interés se centra en el síntoma, lo inhibido, la angustia; ese real inaprensible que no se puede decir porque no entra en circulación si



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

no es por la vía de lo inconsciente, el cual rechaza la gramática colectiva, el lenguaje del intercambio comunicativo. Tal es el uso de lapsus, incorrecto por fuera de la lectura psicoanalítica. Y sin embargo es así como queda cifrada la materia de nuestra indagación: hay dicción, o maldi(c)ción; no predicción. Las certezas quedan del lado de lo delirante.

Escritura del caso

Escribir el caso clínico no puede ser realizado desde las coordenadas de las ciencias de la predicción, que no lograrán decir nada sobre el sujeto más allá de lo que concierne a sus propias características objetivas, cuantificables y medibles. Lo extrapolable que pueda entrar en el régimen de lo comercializable, con todas las garantías. Lo que se puede sondear con seguridad del sujeto, queda fuera de los planteamientos psicoanalíticos. Predecir responde a las necesidades del amo que precisa un saber cierto; la exactitud que suprime la inseguridad para así obtener las credenciales, las certificaciones que posibiliten la comercialización y el éxito de ventas. Desde este punto de vista es la certeza lo que rige los intereses científicos, lo cual permite transformar un producto en mercantilizable. Todo avance pasa por la rentabilidad, para lo cual se hacen necesarios los comités de expertos que certifiquen. Es desde lo incierto que se pueda poner de manifiesto la variabilidad del sujeto, atrapado entre los significantes. El marchamo, la denominación de origen, la autorización para que un producto pueda ser comercializable, que sean cumplidos los estándares fijados por las normativas de calidad, obliga a la veracidad mediante pruebas, estudios, tests: la evaluación.

Demostraciones, comprobaciones que den fe de su verosimilitud. Las capacidades y funciones han de caber en el prospecto. La prospección

llevada a cabo desde el campo del psicoanálisis adquiere otras connotaciones: nunca se sabrá a fondo la verdad última, la insondable decisión del ser.

Lo poético atenta contra estos estereotipos de lo verídico, que no hacen sino negar el inconsciente del sujeto del psicoanálisis. Sin lazo con el otro pero en posesión del objeto comercializable, el artículo a consumir pretende hacer las veces de objeto de intercambio, que no logra dar consecución a la estrategia de ignorar la falla básica en la estructura sexual, que no encuentra proporción absoluta: no cuadra la ecuación. La verdad poética apunta a aquello que causa al sujeto, su dolor y su vacío. A su angustia indialectizable. No es la palabra medio para definir al sujeto, que no tiene fin, no finiquita sino más bien infinitiza: es posible describir, pero no predecir. Ni prescribir un modo de captación del inconsciente. Pretender objetivar la experiencia de un sujeto en análisis mediante la escritura del caso, encauzándolo en unos cánones prescritos, nos pondría en la senda de lo científico que sabe, entendiendo la ciencia como aquella disciplina que posibilita la replicación, para todos, en la búsqueda de una certeza que aporte un plus de seguridad que posibilite la comercialización.

“El sujeto, tomado en su división constituyente” (Lacan, 1996: 814) deja una faz indescriptible, al margen de la palabra, del lado opaco de lo real. Puede que desde nuestra posición de analistas escuchemos la historia, pero hemos de prestar atención también a la poesía que emerge entre los dichos: los versos sueltos. Una equivocación acabará deslizándose inadvertidamente por boca del que habla, abriéndose hueco entre las seguridades y credibilidades de su discurso, resquebrajando la entereza del semblante, mostrando un algo ingobernable: lo real en lo simbólico. Lo que el inconsciente tiene que decir parte desde la ajenidad de aquel que lo formula: “No quería decir eso”, se desdican los analizantes ante el tropiezo puesto sobre el lienzo de la



Rodrigo González, Luis Miguel
Poética de la transferencia
www.cilajoyce.com
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2020.

transferencia, que todo lo registra y no admite borrado. El dicho hace marca. A eso, a precisamente esa hondonada, camuflada entre la vegetación profusa del palabreo comprensible, ha de estar atenta la escucha analítica; al tropiezo de la verdad real en contraposición a la verdad incuestionable de la fachada del semblante. Cómo hacer llegar esta verdad real hasta la punta de la lengua del analizante, el arte del analista. Cómo contar esta experiencia, lo transmisible del caso en cuanto a su escritura.

Bibliografía

- Lacan, Jacques. 1966. *La ciencia y la verdad*. Escritos. Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, Jaques. 1966. *Seminario 14, La lógica del fantasma*. Paidós, Buenos Aires
- J.-A. Miller. 2013. *Piezas sueltas*. Paidós, Buenos aires.